

Obrequi del bon amic de
l'infantesa, el volgut JORDI
RENOM GUARDIA (q. a l'ia)
que ens va fer a en Manuel
i a mi, quan ens vàrem
casar.

Aquesta Revista la va
fundar i editar el pare d'en
Jordi, en FAUST RENOM (el
Padrinet) excel·lent persona,
bon pintor i dibuixant,
que figura en l'Enciclo-
pèdia. El col·labora doncs el meu
pare, ~~seguint~~ ^{seguint} ~~des~~ ^{des} ~~volums~~ ^{volums}
com a quest (ignore de quin
data) que figuren en la
Filmoteca de la Generalitat

Exemplar

Cfr. 316 21 100
de 9 a 100

En
Merce
Riera

En cas de no interessar
a cap familiar meu, es
pot fer donació a l'enti-
tat esmentada

Març / 2000 Rosa Borràs

25/48

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Antonio Moreno

CUADERNO Nº 32

35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO

Huguette Duflos

La bellísima y genial estrella francesa - La eminente intérprete de las protagonistas de "El Amigo Fritz" y "Trabajo" - Su arte exquisito - En la intimidad ilustrado con preciosos grabados de sus más hermosas creaciones

EN PREPARACIÓN:

LEON MATHOT : HENNY PORTEN

TULIO CARMINATTI : TOM MIX

TAPAS ESPECIALES

en tela y oro, ricamente decoradas, para encuadernar el primer volumen de

"Tras la Pantalla"

PRECIO: 1'50 PTAS.

Que también mandaremos fuera de Barcelona, previo el envío de dicha cantidad por Giro Postal o en sellos de correo, con un aumento de diez céntimos por gastos de flete. Certificadas: 85 céntimos

Tapas y encuadernación: 2'50 Ptas. para los lectores de la Capital

DIRECCIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



ANTONIO MORENO

POR

R. SANTANA Y BENITEZ DE LEÓN

Redactor y director:
FAUST RENOIR

Dibujante:

Colaborador: Fdo. AZNAGRO-S.

Impresor:

43/17-87-77

UNA BODA POR OARIRO
LOS ABUELOS Y LOS PA-
DRES DEL ARTISTA



la sombra de la gran mole de piedra que se adentra en el mar, erizada de cañones, como un guardián del Estrecho, entre el Peñón de Gibraltar y Algeciras, aligutando la costa, hay un pueblo de pescadores y contrabandistas que se llama La Línea de la Concepción.

Hará como unos cuarenta años, un cabo de cañoneros destacado en La Línea se enamoró de la belleza gentil y morena de una muchachita espigada, hija de una familia de ricos comerciantes.

La familia de la muchacha no podía consentir estos amores. En su rancio concepto de las categorías sociales, existía una gran diferencia entre la novia y el novio.

Para su hija hubieran querido otra comerciante, rico también, un hombre de carrera, médico, ingeniero, abogado o un teniente de las que se aburrían de tedio en la guarnición, sin otras distrac-

ciones que pasar la jactancia del uniforme por las calles del pueblo.

Un cabo de carabineros era muy poco. No era nada.

Pero la niña pensaba de otro modo. Para ella, en la lozanía deslumbrante de sus quince años, aquel cabo de carabineros, simpático, dicharachero y que tan bien sabía desgarnar en su oído encendidas promesas de cariño y doradas quimeras de felicidad, le era todo en la vida.

Los sermones y disgustos familiares de todos los días y a todas las horas, no hacían otro efecto en la resolución inquebrantable de la enamorada, que acercarla más al hombre que había despertado en su pecho las primeras palpitaciones del amor.

No valían amonestaciones ni castigos. Tampoco valían amenazas. Le quería con toda el alma en un dulce arrebató pasional y cuando se quiere con este encendido frenesí, dan en falso todas las oposiciones.

Como único y último medio para cortar aquellas relaciones, los padres de la novia le enviaron a Madrid con unas parientes. Tal vez en la Corte, con una vida de distracciones, haciendo nuevas amistades, fuera posible arrancarle del corazón aquel cariño.

Muchas veces el alejamiento es un gran bálsamo para los males de amor.

Los efectos de esta separación fueron, sin embargo, muy contrarios a los propósitos de la familia.

El carácter jovial y risueño en la muchacha se había trocado lánguido y taciturno, de su boca fresca y roja, como una fresa, había huido la perenne sonrisa de antes. Sus ojos negros y vivos, abrasadores ojos de andaluz que harían como pañales hechos secos, se habían vuelto tristes y melancólicos.

No quería ir a los teatros, se aburría en los paseos, repelia las visitas con un gesto hurao y gustaba de pasar días enteros en la soledad de su gabinete, entregada al doloroso placer de los recuerdos.

Allí en el pueblo, también sufría del mismo mal el novio despreciado por la familia encopelada y arisca.

Los parientes madrileños escribían a los de La Línea, frecuentes y alarmantes cartas.

«Aquello no tenía remedio. La niña era rebelde a toda tentativa de distracción y estaba como enferma de tristeza. Cada día la veían peor. Lloraba mucho y adelgazaba por minutos. Ellos estaban muy preocupados».

La última carta no dejaba lugar a dudas.

«Estaba tres días en la cama. El médico hablaba de serios peligros. Era necesario volverla al pueblo.»

Volvió con ellos, los padres. Volvió la luz a sus ojos, las risas a su boca, el carmín a sus mejillas morenas, volvió la salud y volvió la alegría.

También volvieron los disgustos.

Ante el rotundo fracaso de todas las maquinaciones y de todos los consejos, culminaron los padres una amenaza.

— Puedes casarte, si quieres, pero no cuentes con nosotros ni ahora ni nunca. El día que seigas para la iglesia, te llamaremos como si te hubieras muerto.

Ella se casó. Con la boda perdió la protección de los padres, pero ganó la felicidad.

De aquel matrimonio nació un hijo. Tenía la entereza varonil del padre y muchos rasgos de la belleza seductora de la madre.

Este hijo es Antonio Moreno.

Abrtó los ojos a la vida en la tarde de un luminoso día de verano. Del día 11 de julio de 1899.

Los que nazcan en este día — dice un oráculo — tendrán una infancia desgraciada y empezarán a ser felices en la juventud, para lograr en la madurez la tranquilidad y la fortuna.

Nosotros que tenemos para los crácicos un olímpico desprecio de incredulidad, queremos decir que ésta ha sido una de las pocas veces que no han hecho el ridículo.

La verdad es en punto.

LA INFANCIA DE ANTONIO MORENO. II EN SEVILLA, EN MADRID Y EN BARCELONA III DE LA CALLE DE LAS SIERPES A LA QUINTA AVENIDA

Los abuelos maternos de Antonio Moreno no cesaban en sus hostilidades irreducibles. Esto hacía que la vida en el pueblo pequeño, les resultara a los padres dolorosa e imposible.

En los pueblos se ve todo el mundo cada día, cada minuto, en el único paseo, en el único casino, en el único teatro, en la única iglesia, y muchas veces la madre, aunque pretendía ocultar su dolor con supremos esfuerzos, volvía a casa con los ojos hinchados de lágrimas.

Se había tropezado con uno de los suyos y no la había saludado.

Se había tropezado con otro y se había hecho el distraído.

Había pasado junto a otro y había observado un despreciativo gesto de burla.

— ¡Y si pudiéramos el traslado — suplicó un día al esposo — no estaríamos más tranquilos?

El traslado se pidió y no se concedió. Hacían falta muy buenos empujones y muy altas influencias.

Por fin se logró la permuta con un compañero de Madrid. Como cuando Antonio Moreno llegó a la Corte con sus padres contaba sólo unos meses, se ha repetido con una equivocación bastante explicable que el artista era madrileño.

De Madrid pasaron a Barcelona. El escaso sueldo obligaba a buscar una vivienda barata y la buscaron en las barriadas próximas a la ciudad, instalándose en Sans.

Por las calles de Sans ha corrido y jugado con otros chicos el formidable actor, que tiene para esta gran urbe barcelonesa sus mayores recuerdos y que blasona con orgullo de haber aprendido y no haber olvidado el catalán.

Tenía nueve años cuando un nuevo traslado dió con él y con sus padres en Sevilla.

En Sevilla, contagiado por el ambiente, jugó a los toros en la Alameda, y obligado por la madre, alternaba los juegos y los estudios con los oficios de monaguillo en la Catedral.

La buena mujer soñaba con que su hijo llegara a Obispo y lo había puesto en el primer peldaño de la carrera eclesiástica.

Cuando tenía diez años murió su padre, ya sargento, en plena juventud, dejando a la viuda y al huérfano en una situación de angustiosa penuria.

Antonio tuvo entonces un bravo sacudimiento de energías para mirar la vida y empezó a trabajar para él y para la madre con todo el esfuerzo generoso de su voluntad.

Su ingénita simpatía le alcanzó muchas protecciones valiosas. Entre éstas contaba con la de un matrimonio americano que gustaba de pasar tres meses del verano en la luminosa ciudad sevillana, a la sombra de la Giralda, con los ojos destimbrados por el estallido de los claveles revetones y el encanto de las mujeres bonitas.

Con este matrimonio se marchó a Nueva York. Su madre había vuelto a casarse y este fué para él una contrariedad dolorosa que lo empujó camino de la aventura, bajo otros soles y otros cielos.

Fuó como un sueño. Como si hubiese cerrado los ojos adormecido en el pintoresco bullicio de la calle de las Serpes y los hubiera abierto en la vorágine de la Quinta Avenida.

Su suerte estaba echada. Y no jugó poco en su suerte, que no ha sido mala, la admiración de una gran actriz a la que conoció en la travesía, a bordo del transatlántico que al arrancarlo de tierras españolas para dejarlo en Nueva York, lo llevaba camino de la popularidad, de la fortuna y de la gloria.

Aquel monaguillo travieso y revoltoso, es hoy uno de los más preferidos actores de la pantalla.

Las penalidades de ayer se han trocado en opulencias.

Y sobre todo, a la manera que Torres de Quevedo con el milagro



Antonio Madero en *La prueba del hierro*

Caricatura de Jareta

de su ciencia y que el insigne Blasco Ibáñez con el prodigio de su pluma, ha hecho triunfar en América los prestigios de nuestra patria y ha elevado a las cumbres de la fama, en el mundo entero, un apellido español.

**EN NUEVA YORK :: DE
UNA REVISTA AMERICANA
HA :: LA VIDA DEL GRAN
:: :: ACTOR :: ::**

Los americanos del Norte tienen por Antonio Moreno una respetuosa admiración.

Déjase que conocen su vida mejor que nosotros y no llegamos a suponer que lo quieran más, ni más de veras, porque también aquí se lo quiere y se lo admira mucho y muy cordialmente.

Solo que aquí hemos empezado a admirarlo y a quererlo, cuando ya nos ha llegado su nombre de América aureolado de prestigios.

En España, con la misma intrepidez, con la misma audacia, con el mismo arte, no hubiera pasado de un actor mediocre en la consideración del público, ni de ganar catorce reales semanales en una manufactura de poca monta, a las órdenes de un director más bruto que un cerrojo.

En España no nos queremos convencer, hasta que nos lo digan los de fuera, de que tenemos grandes cosas y grandes hombres. Para dejando a un lado esas dolorosas evidencias y siguiendo el objeto esencial de esas cuadermas, vamos a copiar integra unas apreciaciones que hace una revista neoyorquina de nuestro glorioso artista y los detalles que relata de su vida, recogidos en una entrevista reciente.

Dice así el cronista:

Antonio Moreno es un hombre de poco más que mediana estatura, moreno y con unos penetrantes ojos negros de mirada franca, simpática y atrayente.

Su temperamento característicamente español es un temperamento andaz y aventurero, de una instintiva impulsividad.

En el trato es cordial y modesto. Más nos parece uno de aquellos conquistadores valerosos y esforzados, que un actor de películas de series, en las que ha llegado a destacar como una primera figura junto a las más sólidas reputaciones de este género.

Ante todo es un amante de su patria. Siente el orgullo de haber nacido en un escondido pueblecito andaluz y hasta el idioma inglés parece dulcificarse en su boca con un suave dejo de cadencia.

Cuando su padre, que era militar, fué trasladado desde Ma-

drid donde Antonio había nacido, (1), dejó la capital de España y pasó a vivir a una pequeña ciudad situada al pie del Peñón de Gibraltar.

Allí transcurrieron felices los primeros días de su infancia, corriendo por aquellos peñascos y llevando la más encantadora de las vidas en pleno aire libre.

La primera tragedia de su vida sobrevino cuando, poco después de cumplidos los diez años, murió su padre en Sevilla.

Su madre quería, resueltamente, destinarlo a la carrera del sacerdocio. Su mayor aspiración era lograr que su hijo llegase a ser una alta dignidad de la Iglesia.

La influencia materna, la persuasión en las conversaciones de todos los días, los consejos dados entre caricias y entre besos, parecieron avivar en el ánimo del célebre actor el fuego del misticismo.

Bajo los cuidados de un buen Padre que lo instruía en los rituales solemnemente de la Iglesia, fué monaguillo en la Catedral sevillana, llegando a ser uno de los preferidos por los buenos y apacibles canónigos, y a cobrar más que ningún compañero en propinas de bautizos y casamientos.

A pesar de esto su vocación era muy otra y colgó los hábitos de monaguillo al primer tropiezo, que fué un reverendo pescotón del chantre.

En Sevilla es costumbre — también lo es en el resto de España, añadimos nosotros — que los novios y padrinos arrojen a los muchachos monedas y confites, que se disputan a empujones, cayendo como un racimo en el suelo. Ni que decir tiene que Antonio imponía con la fuerza de sus puños, el derecho a la parte que le correspondía en la golosa lluvia de dineros y de dulces.

En una de estas peleas, a la puerta de la Iglesia, se olvidó de recogerse las botanas encarnadas que le pisó otro muchacho, para adelantarse a él, haciéndole dar de bruces sobre los adoquines.

Antonio se levantó enfurecido, se lanzó sobre el camarada mal intencionado, y pufelazo va, concorran vena, no lo dejó hasta que no le hizo brotar sangre de las narices.

Eso era un ultraje a la dignidad eclesiástica — las Sagradas Escrituras no contienen la dignidad de la musculatura cristiana — y Antonio Moreno fué expulsado de la Catedral después de que el chantre le propinó un pescotón que lo tuvo dos días con el cuello torcido y unos punzantes dolores.

Esta tragedia y el disgusto de que su madre hubiera contraído segundas nupcias, le hicieron abandonar la casa y aceptar los ofrecimientos de un matrimonio de turistas americanos para trasladarse con ellos a Nueva York. Como Cristóbal Colón quería conquistar el Nuevo Mundo.

Vinaba en el mismo transatlántico una actriz famosa, Miss He-

(1) El autor de esta crónica sufre la equivocación a que antes aludimos de suponer a Antonio Moreno maldestro, siendo así que nació en La Lina de la Concepción.

len Ware, que se sintió atraída por la simpatía del muchacho valeroso y desenvuelto y que le hizo soñar con una próspera vida de artista de teatro en América.

Asegura la artista que había visto en él un Romeo ideal para la escena de la ventana. Esta sugestión ardía en la imaginación fantástica de Antonio Moreno que empezó a hacerse los primeros castillos en el aire. Aquellas noches de la travesía, en la cubierta, apoyado en la borda, bajo el cielo de los trópicos que pesaba sobre su alma, se veía ya haciendo papeles de grandes personajes, de reyes, de héroes y de guerreros, llenando al universo infinito con el clamor de sus triunfos.

La luz de la luna, riolando sobre las aguas, hacía más esplendentes sus sueños de conquista.

Después supo que en teatro hay muchos sinsabores y muchas categorías, pero también ha sabido vencer el amargor de los primeros contratiempos y escalar una de las categorías más altas.

Cuando llegó a Nueva York era preciso empezar por robustecer sus estudios y su cultura, bastante deficientes.

Ingresó en un colegio y permaneció allí algún tiempo obsesionado por la idea que le inculcó Miss Ware.

Sus ademanes desenvueltos, su temperamento fogoso, la expresión de sus ojos, la dulzura de su voz de claros timbres, le arrastraban hacia los escenarios.

Pronto ingresó en una compañía de comediantes bohemios, que hacía frecuentes turnos por los pueblos cercanos.

Escalón a escalón, que en él quiere decir de éxito en éxito, fué subiendo hasta que se le confió el primer papel de importancia, apareciendo con Constance Collier, en Thais.

Más tarde ingresó en la Vitagraph. El cine le abrió sus puertas para recibirlo con vehementes homenajes.

Y la pantalla ha universalizado el nombre de este actor, nacido en España, que es intrépido hasta la temeridad y que sabe juntar la emoción de la tragedia en los momentos sensacionales a la espontánea naturalidad de su arte múltiple y personalísimo.

**UNAS DECLARACIONES
DEL ARTISTA, ESCRITAS
MEDIO EN BROMA Y ME-
dio EN SERIO**

Ha escrito Antonio Moreno:

Desde chiquitín me río de los blasones como de los peces de colores.

No hace mucho tiempo, me decía un compatriota muy pagado de los pergaminos y esas zarandajas de la alcurmia ¿por qué no te firmas con todos tus apellidos? Entre ellos los hay de origen noble.



Uno de los últimos retratos de ANTONIO MORENO.



ANTONIO MORENO en «La mano invisible»



ANTONIO MORENO en «Monte Trueno»



ANTONIO MORENO en «La mano invisible»

Yo le enseñé los dientes. Esto no quiere decir que me pusiera serio al que le contestara ninguna inconveniencia. Es que me puse a reír con la boca abierta y claro, los dientes, tenían que verse a la fuerza, de esta guisa.

Tendría gracia un casi aristócrata — en el origen remoto nada más, porque el mío es muy humilde — metido a boxeador, a acrobata, nadador y astro del cine... en películas de serie.

— Tu te llamas Antonio Garrido Monteagudo y Moreno. — Me instalaba con cara de protocolo.

— Yo me llamo Antonio Moreno a secas y ya es bastante. De este modo me conocen en todas partes, me celebran un poco en el mundo entero, me escriben cartas románticas mis bellas admiradoras y me dan a guiar mucho dinero.

Del otro modo, en América, donde falta el tiempo hasta para hablar, se me chungaearían en las propias narices de tanto apellido. Y a mí no me agrada que me toquen la negra caballera, que es uno de los meritos ornamentales de mi persona.

Eso sería hacer el ridículo.

¡Ridículo yo! ¡Ni a tiros! Para eso gusto estos benditos puños que Dios me ha dado.

Un individuo que se ha jugado mil veces la vida a cara o cruz desde la primera película hasta la última y que se la seguirá jugando mientras no la pierda, no puede ser motivo de chunga.

Estoy pasmado de mí mismo. Lo digo como lo siento. Porque yo fui un niño formalito — a medias, o a calcetines, que son más cortos — un poco beatito y lo que se dice un ángel de Dios. Como que aprendí las primeras letras en Madrid, enseñadas por unas buenas monjitas.

— ¡Si va a ser un santo! Solía decir la Madre Superiora. Ya le alcanzaremos a ver diciendo misa en nuestra capilla.

Con tan místicos auspicios pasaron unos años. En el colegio había una monjita muy devota a la que le gustaba mucho mi olor de santidad. Alguna vez, durante las horas de recreo, en el jardín, para premiar mi ejemplar conducta, solía poner sus labios en contacto con los míos... nada más que para oler un poco a santidad ella también. Por lo visto esta olor es muy transmisible por medio de castos besos.

Luego, las cosas de la vida — caprichosa como una novia cursi — me trajeron a Nueva York a los catorce años.

En las escuelas públicas de esta Bahilonia, perdí el velo tupido de mi religiosidad y me convertí en un genuino «daredevil» capaz de romper un rascacielos de un puñetazo.

Mi madre, adicta a las tradiciones españolas donde para triunfar hay que ser político, cura o torero, soñaba con que yo vistiera un día la púrpura cardenalicia. Con que yo fuera un cardenal — mundano si me daba el capricho—pero al fin, por razones de dignidad, aparentemente formal y pomposo.

¡Válgame la diosa Venus! Yo de candonal. Casi enloquezco de espanto.

Un día me hallé de alumno en el seminario de Williston en Northampton. El rector y los demás me tomaron gran simpatía. — Tiene cara de obispo — auguraba el profesor de latín — la cara es la mayor indicadora del carácter.

Al principio me encolericé. Luego empecé a sonreír y, por último, le tomé a grasa. Era lo menos que podía hacer.

Porque me di maña, maña para colgar la sotana colegialesca como había hecho en Sevilla con la de monaguillo y me metí en la vida de rondón. Si ahora, a los treinta y dos años sigo así ¿Qué sería entonces?

No vayan ustedes a imaginar que me volví un botarate ni que me abandoné a la disparición. No. El atletismo y la esmena me atraían con la fuerza invencible de las vocaciones innatas.

Me relacioné con la famosa Lesbé Carter, con Tyronne Gower, Constance Collier, Wilton Lackaye y William Hawtrey, los cuales me llevaron ante las candelillas.

¡Y ya me tienen ustedes definitivamente «lanzado»!

Al propio tiempo, hacía grandes progresos en el deportismo.

Logré acreditarme de pugilista, pruebista, nadador, saltador, motociclista, aviador y experto en toda clase de juegos y ejercicios, sin desmentir el manejo de las flechas de Cupido.

Por supuesto, el cinematógrafo tardó poco en atraerme. Fué mi desahuciamiento.

Respondía en absoluto a mi índole aventurera.

Recuerdo que al embarcarme para el Nuevo Mundo, cuando sa- lí de España, me sentí poseído de las fantasías de los antiguos conquistadores.

Había en mí la sangre de los aoidados de fortuna.

Alimentaba el anhelo de dar la vuelta al mundo. Soñé ser un Monte Cristo, un predestinado descubridor de no sé qué tesoro oculto; y ese tesoro era mi propio genio. Cuando Leslie Collier me conoció, representaba yo en un teatro de Northampton.

— ¡Este es mi hambre! — dije. — Y me contrató para galán, haciendo «Thais» con la bella Constance Collier.

Cuando llegó el turno a «El hombre de Cook», resulté cantor y danzarín de primera clase.

Entonces vino la propuesta de la Vitagraph, en concepto de atipón. En 1914 me dió ya roles principales, presentándose en «La Isla de la Regeneración», «Polvo de Egipto», «Kennedy Square», «La tarántula» y «Aladino de Broadway».

Mi popularidad aumentó rápidamente; y notando Albert R. Smith, presidente de la marca mencionada, que yo daba magnífico «export», dispuso que se me repartiera un film por semana.

Fué entonces cuando firmé un contrato a largo plazo, para hacer de protagonista en obras fotescénicas de series.

Las series, con sus arriesgadísimos episodios, me llevaron muy lejos. Desde lo romántico a lo divertido y desde lo agradable a lo terrorífico.

Recuerdo que, durante la filmación de «La montaña del trueno», fui el héroe, no sólo de la película, sino también de un concurso de saltos con skis, en Truckee, California. Era Carnaval. Cuando llegamos, Carol Holloway y yo los indígenas no nos conocían.

En su concepto, las proezas del cine eran cosas de ilusión óptica. Y los «héroes» del cine, muñecos irrompibles.

¡Los dejé atónitos haciendo «la trauza» del salto en espiral! Porque yo pasé algunas de mis vacaciones de trabajo en los Alpes de Suiza; y los montañeses me enseñaron pruebas que en Truckee parecían milagros.

Se ha dicho de mí que soy el Adonis de la pantalla. Esto me ruboriza, pero casi voy creyendo que las mujeres me tienen en ese concepto. ¡Bien a pesar mío, lo declaro! Las jóvenes dicen que tengo cabeza de camufo. Yo quisiera que en ese calificativo ellas prescindieran de la «camu»... Porque, a causa de ese estribillo, me asedian a cartas; no sólo de todas las ciudades y playas y campañas norteamericanas, sino de España, Tánger, Sud Africa, Brasil, Argentina, Perú, Colombia, México, China, Japón, Australia... ¡y hasta de Suecia!

Voy a terminar haciéndome el sueco.

De ese modo me dejarán en paz, pues, las francesas me escriben que me adoran por lo «garrido»; y las inglesas, que me idolatran por lo «mereno».

Y yo quisiera estar lejos de todas por lo «monte-agudo».

Bueno; esto de estar lejos de las mujeres, es una broma. De las mujeres, sobre todo si son guapas, cuanto más cerca se esté mejor.

**UNA IMPRESIÓN PERSONAL DEL GENIAL ACTOR
DE LA PANTALLA //**

Hará cosa de un año los negocios me llevaron a Nueva York. Una tarde, tal vez sintiendo la nostalgia de la patria lejana, entré en el restaurant del Angel, en la zona bancaria de Nueva York, muy concurrido por españoles y sudamericanos. Pedí una comida frugal y puse atención en lo que hablaban los compañeros de mesa. Discutíase sobre las probabilidades de que disparen los españoles y los latinos americanos para vencer aquí, en Norteamérica, y sustentaba uno de los discutidores, que por muy preparado que se llegue a Yanquilandia, esta especie de gigante Fierabrás, deshace fácilmente las ilusiones. Generalizábase la discusión acabando por quedar vaneada el grupo que afirmaba disponer los latinos para

la lucha de todas las probabilidades para quedar vencedora. Y citáronse varios hijos de la noble España, por ejemplo, que aquí crearon nombre, posición y fortuna.

Cerca del lugar donde yo me encontraba se divisaba perfectamente un gigantesco cartel en una de las paredes de la calle, en que se leía, en letras enormes, un nombre español. — Antonio Moreno. — Krame familiar porque diariamente lo leía en toda clase de tipos en los carteles, en los programas, en las revistas. Nunca, sin embargo, lo había visto en sus papeles de héroe del cine, aunque hubiese oído diversas veces al bello sexo enaltecer sus prendas físicas y leído, más de una vez, la más favorable de las críticas. Mas me había tan acostumbrado a los trucos de la pantalla, que nunca acreditó que pudiera ser español el tal Moreno. Allí en el restaurant del Angel, en virtud de la discusión referida, alguien me afirmó, a una exclamación mía, que el tal artista era realmente español, y más aún, de origen andaluz castizo.

He aquí, entonces un latino triunfador, me dije para mí mismo. Y traté de alcanzar los estudios que la Vitagrapha posee en el extremo de Brooklyn. Un momento de espera y entré después por un espacioso taller donde, a la vez, se filmaban varias obras. En una de ellas entraba Antonio Moreno. No fué preciso decirme quién era él. El tipo no mentía. Estatura mediana, trigüño, varonil, joven y elegante. Tiene en sus facciones el trazo de la bella Andalucía patria y autora de sus días y, en sus modales, la distinción y fineza de la culta capital española que vió correr sus primeros años.

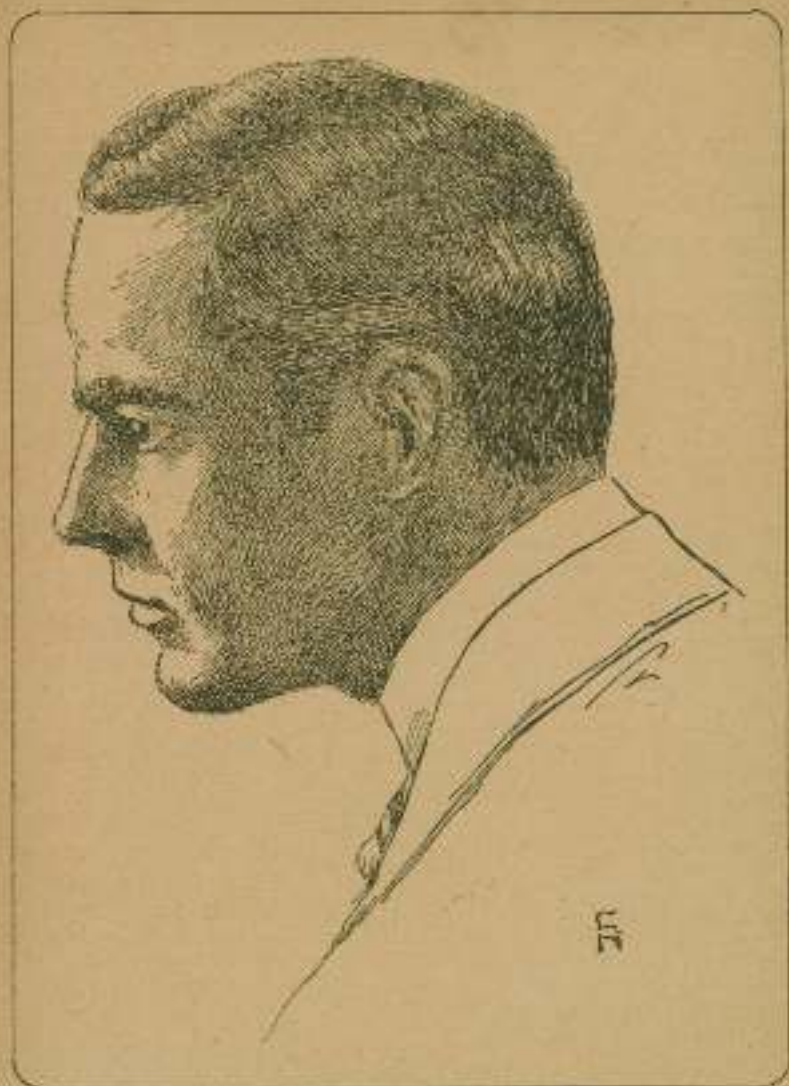
Don Juan Tenorio debía haber tenido aquella figura que yo estaba viendo ensayar una escena de amor con la linda Edith Storey. Habla el inglés sin el menor acento extranjero y el español con un pronunciado dejo andaluz. Aficionado a los ejercicios gimnásticos es un muchacho ágil, vigoroso, saludable. Todo él respira fuerza, vida, energía.

Por esto se le hizo relativamente rápida la lucha para alcanzar la meta de sus deseos; en la flor de la mocedad no fueron poco penosos los esfuerzos que tuvo que realizar.

Mis abuelos maternos, diceme Antonio, eran gentes de muy buena posición social y económica, de manera que no vieron con buenos ojos enamorarse a su hija de un hombre de posición humilde. Ese hombre fué más tarde mi padre. Bueno es advertir que los viejos se opusieron al casamiento, pero el amor triunfó por fin, y la pequeña, más tarde mi madre, entregó su mano a quien ya le había entregado antes el corazón.

La hija desobediente nunca más tuvo entrada en el hogar de los padres. Cerráronse para siempre las puertas. Ni siquiera su nombre se pronunció jamás en aquella casa.

Como la felicidad es pasajera por demás, pronto vinieron las penas y los dolores.



Antonio Moreno

Desenho de C. N.

Mi padre murió, dejándome todavía pequeño. Tuve que dejar la escuela y convertirme en cabeza de familia.

Fui a trabajar para ayudar al sustento de mi madre viuda. Tiempo después un nuevo incidente vino a torcer de nuevo el curso de mi vida. Mamá casó por segunda vez y apareció, desde luego, la tradicional dictadura de los padrastros.

Me revolté y proclamé mi propia independencia cayendo en el mundo por mi propia cuenta.

Estábamos entonces en Sevilla. La providencia, que parece volar por las grietas, me depuso un príncipe encantado en la persona de un rico turista, y yo marché con él para América. En aquel tiempo contaba yo catorce años.

Tres años más tarde, vencidas todas las dificultades del idioma, mi protector murió repentinamente, dejándome sin más recursos que sobre poco más o menos lo necesario para sostenerme algunos meses en Nueva York.

A esta altura, comencé la odisea de Antonio, porque los conocimientos adquiridos en el colegio para la experiencia de la vida, de poco podían servirle en una tierra que es una especie de caldera donde hierven las pasiones de todas las razas, y donde toda la gente extiende la mano, sólo para aceptar, nunca para dar nada.

En todo caso el rapaz no fué de los menos felices porque escapó de caer, como muchos otros mozos latinos, en el estado lamentable de traductor a razón de tres perras gordas por cien palabras.

En suma, las miseria, las amarguras, las desilusiones, no mataron la fe ni quebrantaron su voluntad de hierro.

Nada de vacilaciones. Siempre adelante, sea cual sea el camino.

Pronto fué comparso en una compañía teatral en que realizaba tal o cual papel en ausencia del respectivo artista, subiendo uno a uno todos los escalones de la gran escalera del éxito. Del teatro al cine fué un salto previsto. El resto fué facilísimo.

Pruébese así que los favores de la Fortuna no son imposibles de obtenerse cuando se dispone de talento, energía y habilidad, sin necesidad de olvidar la calidad de extranjero... Antonio Moreno, por ejemplo, no consentió nunca que le cambiaran su nombre real.

Me llamo Antonio — no me llamo Anthony — dice él con mucha frecuencia...

Y orgulloso de llamarse así y de ser español, gusta de hablar con compariotas y sueña con un paréntesis de descanso para volver a España y pasar unos meses en los lugares donde vivió los primeros años de su vida.



Para cerrar este libro con una nota simpática a nuestras lectoras, recordamos un artículo publicado en una revista cinematográfica de Buenos Aires, «*Le Pellicula*», en el que Antonio Moreno define su tipo ideal de mujer.

Antonio Moreno, el simpático Tonto como le llamamos aquí, me hizo poco tiempo ha una visita; visita gratísima que me ha dejado la impresión de haber leído en un hermoso libro algo bello, sublime y vivido.

Tonto cabalgaba en un lindo caballo de finas y cabellitas formas y gallarda presencia. Haciéndome notar estas cualidades me recordaba a esos chicos que enseñan orgullosos a sus amigos sus zapatos nuevos o su bicicleta recién cotoprada. Su carácter vivo e infantil da la impresión de contemplar un chico a quien se ofrece la perspectiva de una ventana cargada de juguetes para que escoja y que, en su entusiasmo por tener el mejor, acaba deseándolos todos.

Tonto me relató su niñez. Es fácil imaginárselo en esos lejanos días, corriendo en España con sus pies descalzos y sus piernas broncíneas y rutiladas por el aire. «Nada hay de extraordinario en mi vida, a no ser mi nacimiento español. Mi padre era un soldado, algo así como los sargentos de acá. Murio cuando yo tenía diez años y mi madre y yo quedamos desamparados. Mis abuelos no le perdonaron ni en la desgracia de la viudedad el haberse casado con mi padre. Mi madre rezaba diariamente pidiendo al cielo que yo fuera sacerdote. Esta era la ambición más grande que sustentaba para mi porvenir. Por las tardes nos sentábamos juntos y pintaba a mi imaginación el gran sacerdote que yo sería y me daba a conocer sus deseos en este sentido. Y no sé si la sirva con agrado, pero dudo de que hubiera sido un buen fraile.»

Después suspiró pensativamente. Nos imaginamos la figura que haría con el traje sacerdotal, confesando e imponiendo penitencias para hacer ganar el paraíso.

— ¿Es usted siempre devoto? — inquirimos.

— A veces, pero más que todo y ahora más que nunca, mi devoción son las «series». De la besteria a la pantalla; ¿qué lejos una cosa de la otra, verdad?

Tonto nos mira gravemente. — «Me agradaría hacer cosas españolas — dice. — En verdad, me encuentro medio perdido en este género de trabajo. Tengo en mi alma la atmósfera de España, sus tradiciones morales, su lenguaje y el romanticismo que horriaguea por mis huesos y venas. Yo podría trasladar todo esto a la pantalla, yo que conozco mi patria toda, sus bellezas de Andalucía, su festividad madrileña y su actividad de Barcelona...»

Otro suspiro y vuelta a quedar pensativo. ¡Tonio, el romántico Tonio, rascando en una vieja guitarra, bajo una ventana enrejada, donde una faz enmarcada en oscura mantilla brilla con la palidez de luna nueva y una nacarada y fina mano deja caer un clavel...!

Hay algo paradójico en Antonio Moreno. Tiene la cara bronceada de un soldador árabe. Uno espera oírlo cuchichear sobre embrujados castillos moriscos; se lo imagina uno soñando con una remota Helena rubia, coronada de estrellas... y encontramos un muchacho sencillo, amotoso, de corazón franco e infantil, sin reservas ni vanidades; la ingenua camaradería de un hermano menor y una opinión de lo más sucinta sobre la mujer con quién se casaría...!

A este respecto nos hace la confidencia siguiente: — «Me agradaría casarme con una mujer inteligente y de aseo, que tuviera la necesaria experiencia de la vida, que me comprendiera y educara enseñándome algo, porque soy un grufón que nada sabe. No deseo ingenuas. ¡Cómo las aborrezco en la vida real! Yo no me casaría ni a palos con una de ese tipo.» Y extiende su musculoso y bronceado brazo derecho en un gesto de eliminación. «No me importa tampoco su edad; eso me tiene sin cuidado. Lo esencial es que tenga sesos. Me encanta una mujer con la que pueda conversar, que me comprenda de modo que me diga lo que en mi alma lee. Una que me eduque si es posible. Esta es la calidad de la mujer que busco; la única que atraería mi amor. Creo que me moriré sin encontrar ese tipo. Aborrezco esa clase de mujeres a quienes se les dice: «Ven aquí» y que sumisamente responden: «Sí, querido.» No, la mujer de mi agrado debe tener superioridad y demostrarla.»

Y si alguna vez me caso, me gustaría que fuera con una española.

Después Tonio se ha marchado arrogante soñador, dejando, como decía antes, un ambiente de franqueza y sinceridad, propio de su espíritu latino.

Más que un héroe de la pantalla de la idea del hijo del soldado que recorrería las calles de Barcelona, con sus piernas morenitas y su cabello negro; o del hijo de la viuda que oyó con la vista perdida las ilusionadas palabras de su madre en orden a hacer sacerdote al hombre que más tarde declara perseguir un ideal y que, sabiéndose un grufón, busca una mujer que lo comprenda.»

Y es que Antonio Moreno, a pesar de la enorme popularidad, a pesar de sus éxitos, a pesar de su fortuna de millonario, sigue siendo el mozo un poco rudo, que tiene ojos y cara de románticos ensueños y un tierno y sensible corazón de niño.

R. SANTANA Y BRNITEZ DE LEON

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual,	España y Portugal: 18 pías.	Extranjero: 25 pías.
• semestral	• 9 •	• 12'50 •
• trimestral	• 4'50 •	• 6,25 •

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

Cinco lectoras bellas de «TRAS LA PANTALLA». — Ciudad. — Sin duda alguna serán Vds. bellas por lo que se desprende del texto de su bien pensado y ordenado escrito. ¿Por qué no nos mandan su retrato? Sus felicitaciones nos conmueven y agradecemos en lo que vale el riesgo que tan finamente nos dirige en las dos cartas que fuera ahora bienvenido recibir de Vds. Algo tenemos pensado sobre el particular, que en su día tal vez no le parezca, posiblemente en vías de realización. Entre tanta paciencia y aguantar, J. Schramm. — Madrid. — El 9 de Mayo le mandamos la colección de postales serie A. «Estrellas del Lienzo».

Da un sí del Prof. — Prax del Lieberge. — Ignoramos el nombre del que hace el papel de Tom Norton en la película «Por amor».

Una atormenta. — Barcelona. — Lo mismo hemos de manifestarle. No habrá un lector entusiasmado y compasivo que asique de duda a la norma y lo not?

A. Mae. — Palma de Mallorca. — Le servimos en pedido de postales el día 9 de Mayo próximo pasado.

D. C. T. — Madrid. — La dirección de Antonio Moreno es: Athletic Club, Los Angeles, California. Ciertamente que publicaremos la biografía a que se refiere.

J. A. Cond. — Alarcón. — Sentimos no poder complacerle por falta de tiempo. Diríjase Vd. mismo a los Sres. Vilaseca y Ledesma que con seguridad le atenderán.

A. Jimenez. — Barcelona. — Le suplicamos el cuidado de la nueva tirada de los cuadernos que le faltan. Por si le es molesto pasar por nuestra Administración, también encontrará los retratos «Estrellas del Lienzo» en casa los Sres. Hays de Francisco Sator, Imda San Pedro, etc.

P. M. M. — Madrid. — La casa Selbocine, S. A., Ronda de la Universidad, 14, en esta ciudad, tal vez podrá facilitarle todo lo que le interesa.

C. Arzadil. — La colección de postales que nos pedía, se la remitimos el 28 del pasado Mayo.



TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

Cuadernos publicados

De venta en esta Admón.: Bruch, 3 - Barcelona, y en
esta misma agencias exclusivas al precio de 35 cént.

- N.º 1 Francesca Bertini 2.ª ed.
» 2 Ch. Chaplin (Charlie) 3.ª »
» 3 Douglas Fairbanks 2.ª »
» 4 Mary Pickford 2.ª »
» 5 Charles Rae
» 6 William Duncan 2.ª »
» 7 Pearl White 2.ª »
» 8 Gustavo Sereno
» 9 Pina Menichelli
» 10 Max Linder
» 11 Margarita Clark
» 12 Eddie Polo
» 13 Maria Walcamp
» 14 Wallace Reid
» 15 René Cresté
» 16 Hesperia

- N.º 17 Roscoe Arbuckle (Fatty)
» 18 Mabel Normand
» 19 William S. Hart
» 20 Juanita Hansen
» 21 Sessue Hayakawa
» 22 Dorothy Dalton
» 23 George Walsh
» 24 Suzanne Grandais
» 25 Tom Moore
» 26 Norma Talmadge
» 27 Harry Houdini
» 28 Paulina Frederick
» 29 Harold Lloyd
» 30 William Farnum
» 31 Madge Kennedy

La colección ricamente encuadernada de este primer volumen: 12 pías.

ESTRELLAS DEL LIENZO

de "PUBLICACIONES COSMOS"

Magnífica colección de postales de artistas cinematográficos

SERIE A FRANCESCA BERTINI : WALLACE REID : BIL-
LIE BURKE : TOM MOORE : RUTH CLIFFORD

Precio: 20 céntimos cada una y 90 céntimos la serie

Los encargos hacia Barcelona, los serviremos, previo el envío de su importe por
giro postal o sellos de correo, mediante un aumento de 5 cént. por cada remesa.
Certificados, 35 cént. Precios especiales para los correspondientes de esta Revista

Depósitos para la venta:

Bruch, 3 - BARCELONA - Pretil de los Consejos, 3 - MADRID
y en todas las principales Papelerías y Librerías de España